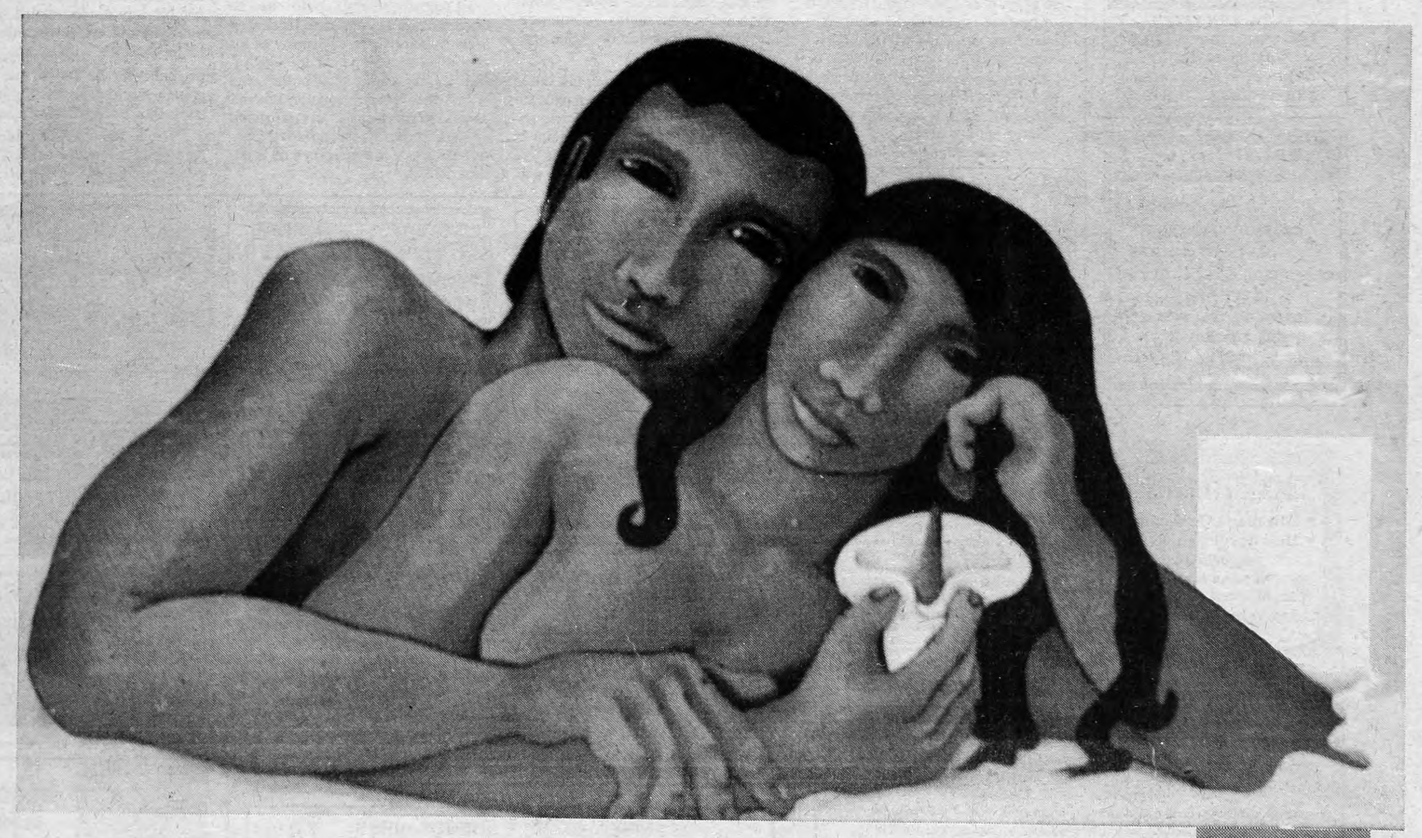
Del 11 al 13 de abril en el Teatro Gral. San Martín de la Capital Federal se realizará el Seminario Internacional Filiación, Identidad y Restitución, con la participación de destacados profesionales tanto del ámbito nacional como del extranjero y la convocatoria de las Abuelas de Plaza de Mayo.

LA FUNCION SOCIAL DE LA MEMORIA

VOLVIENDO AL FUTURO



(Por Fernando Ulloa)* Aquella única vez que hablé con Cañuqueo, un viejo balsero del Colloncura, le pregunté más o menos así: ¿Usted guarda la religión de los antiguos de antes?

Me impresionó la figura, a la vez expresiva y reservada, de aquel abuelo añoso a quien en ese momento Oscar Sturzenegger, que me lo había presentado, le proponía volver a activar sustancialmente la balsa que lo había envejecido cruzando el río. Los antiguos de antes es un modismo regional no muy frecuente con que suele aludirse a los abuelos míticos de la tradición.

Cañuqueo afirmó que sí, y esto me animó a insistir acerca de qué era esa religión y si la enseñaba a sus hijos: "La religión es la lengua", dijo escueta y nítidamente para luego murmurar: "...la paso a mis nietos cuando puedo... señor...".

No supe mucho más de él pero he pensado en su respuesta sin duda singular muchas veces. ¿De qué otra cosa podía hablar esa lengua, asumida con convicción religiosa, que de la memoria histórica del pueblo mapuche atravesada por las tragedias del genocidio, el despojo y la miseria? Aun cuando sólo evocara las costumbres cotidianas y los valores míticos de los antiguos de antes, bastaría para denunciar con sólo eso la supresión criminal que en nombre de la civilización, seguramente ya occidental y cristiana, se hizo de ese pueblo y de los propios valores humanísticos falsamente invocados. ¿Cómo no advertir en el vacilante "señor" con que Cañuqueo cerró su frase el cansado reproche a quienes se habían enseñoreado despiadadamente sobre su raza?

Ignoro si Cañuqueo discurría o no sobre todo esto, aunque es posible que a su manera lo pensara y con mayores títulos que los míos, pero la fuerza de su respuesta resaltaba los contornos del sujeto ético imponiendo memoria como quien impone justicia y hasta con la inesperada eficacia de la condensación poética. Respuesta que me hace evocar la conocida sentencia de una mujer mapuche, que ante las promesas electorales de un embaucador de turno supo responder: "No nos den una mano sáquennos las manos de encima". Aquí, una actitud combativa y frontal allí, el valor de la obstinada resistencia que desde ancianas fuerzas intenta fundar memoria: "La paso a mis nietos... cuando puedo". También ignoro las verdaderas razones de Cañuqueo, pero pienso que en función presente de un antiguo de antes, función de abuelo, intentaba transmitir a sus nietos aquello que los padres, ya sea porque debieron sostener legítimamente lo nuevo sin tiempo para lo antiguo, por el desánimo de la desesperanza o tal vez por ausencia forzada, no pudieron presentar a sus hijos.

Entonces la responsabilidad de la historia suele ser trabajo de cañuqueos. Todo esto transcurría hace años y en un remoto escenario patagónico tan marginado del escenario porteño, donde para bien o para mal se hegemoniza la historia: la Plaza de Mayo escenario de los cabildos abiertos, de los paraguas escolares de 1810, protegiendo al pueblo de la lluvia pero no del criminal bombardeo del '55. Plaza de las palomas y los halcones y de los balcones de los discursos verdaderos y mentirosos, pero fundamentalmente hoy y en estas líneas Plaza de las Madres y las Abuelas. Las Abuelas y sus ya 15 años. ¿Por dónde andarán tantos nietos robados quinceañando sus cumples? ¡Qué tristeza tan lejos! Ojalá si por acaso muchacha o muchacho te llegan estas líneas, recibas el mensaje de Cañuqueo y entreveas la tozuda heroicidad de estas abuelas, entre las que quizás está tu abuela, empeñadas en acompañarte aunque vivas en sombras. Ojalá te alcance la religión de su lengua predicando verdades tan ignoradas por la Catedral y la Rosada. Ojalá te lleguen noticias de encuentro, tú y ella se lo merecen, pero no dudes que la historia de la gesta de estas ya por siempre antiguas de antes arribará a su tiempo a los hijos de tus hijos. Como Cañuqueo el balsero, las abuelas y las madres también sabrán envejecer cruzando los ríos de la desmemoria.

* *Psicoanalista.*



ABUELAS DE PLAZA D

DE DIOSES Y A

Aquí se analiza la función social desarrollada durante 15 años por este grupo que va enhebrando la memoria colectiva a través de la búsqueda y restitución de niños "desaparecidos" a sus familias de origen. El entrañable personaje de la abuela cuentacuentos recrea la historia familiar y engarza, de una manera simple y cotidiana, los avatares de la vida de una sociedad.

(Por Juan Carlos Volnovich)*

Casi nada sabemos —y Dios nos libre y nos guarde de saberlo todo— pero algo podríamos pensar sobre éste, nuestro patrimonio mortífero. Ese rasgo de nuestra identidad que se nos impone como destino. Pensar, no como ilustración o como enciclopedismo estéril —como racionalidad cultural— sino como elaboración simbólica. La que permite y augura que el espanto no se repita, que se conjure la tragedia.

Se trata, en todo caso, de recordar, para no repetir. Saber, para poder olvidar o, al menos, para cicatrizar heridas. Trabajo, el de pensar, que permita innovar en el siniestro destino que tiende a reiterarse. Porque si algo sabemos —poco, pero algo al fin— es que el hecho traumático que no es elaborado, simbólicamente resignificado (individual y/o colectivamente, pero sobre todo colectivamente), se transmite de generación en generación y se expresa como compulsión a la repetición.

La pregunta insiste y se amplía: —*¿No sería mejor dejar las cosas donde están y no pensar más en eso?*

Es decir: ¿No sería mejor aceptar el vacío, allí donde existe la vida y la muerte? ¿No sería mejor dejar de pensar? Dejar de urgar en la memoria de un pasado maldito. Suspender la búsqueda de los hijos de sus hijos. Cesar de quererlos, de desearlos. ¿No sería mejor resignarse: aceptar, cómplices, el vacío por el que sus seres queridos se esfumaron como humanos y consolidar así, de una buena vez, una identificación mortal con el poder de un Estado sin fallas, que desea su muerte —o, mucho más, su inexistencia pasada, su no inscripción— reeditando el fantasma originario que actúa como trauma siderante? Acaso ese, el de las abuelas, ¿no es un amor ciego? Amor que nunca existió. Si esas abuelas jamás conocieron a sus nietos, ¿cómo puede dolerles la ausencia de lo que nunca tuvieron?

La propuesta: "Dejar las cosas donde están" sugiere un pacto, un acuerdo, una complicidad. Pacto entre las partes: una, acorralada por la ausencia. Otra, dueña de la vida y la muerte, que les "sugiere" como única salida para conjurarla, hacer suyo el deseo de muerte. O, peor aun, aceptar que sus hijos nunca existieron cómo humanos. Acuerdo propuesto para convalidar, dejando "las cosas donde están", a los dioses en su lugar de poder. Pacto que intenta ocultar los crímenes cometidos por los militares o, si acaso, atribuirles a las víctimas la intención agresiva y violenta que soportan. De ahí que a las Abuelas se les pida —se les implore, casi— cesar en su búsqueda, "dejar las cosas donde están", no hacer más daño, acabar con el "secuestro de niños". En definitiva, que en el reino del Terror, denunciar la apropiación es cometerla, como en ese paradójico juego de "el que lo dice, lo es".

El terrorismo de Estado basó su eficacia en la aniquilación física y en la destrucción de los cuerpos y de los símbolos. Mataron cuerpos y mataron la propia muerte. Ocultaron el origen de la vida y la muerte. Los militares que impusieron el terrorismo de Estado fueron ascendidos a Dioses. Magos de la aparición y de la desaparición.

Desaparición de los padres como por arte de magia.

Aparición de los niños como por arte de magia.

Antes que ellos fueran promovidos, no existían madres ni bebés. Ellos los hicieron. Genitores. Les dieron nombre, los bautizaron, les pusieron fecha de fabricación y lugar de origen. Después de ellos no existieron los padres. No es cuestión de entender que sí estaban y que, supuestamente, fueron asesinados. No es cuestión de entender que sí estaban y que —por alguna razón más o menos convincente— cedieron esos niños en adopción. La lógica imperante supone que no existieron. Inscriptos negativamente, son crímenes, sin crimen. Fue borrada su inscripción simbólica, su existencia humana. No hay duelo posible para una ausencia que así se considere.

Aparición y desaparición. Tarea de magos. Y de Dioses que ocupan el lugar vacío de la ley. La única que garantiza la condición humana.

"Dejar las cosas donde están" significa, entonces, exponernos a la perpetuación de la desaparición y la

Aquí se analiza la función social desarrollada durante 15 años por este grupo que va enhebrando la memoria colectiva a través de la búsqueda y restitución de niños "desaparecidos" a sus familias de origen. El entrañable personaje de la abuela cuentacuentos recrea la historia familiar y engarza, de una manera simple y cotidiana, los avatares de la vida de una sociedad.

ABUELAS DE PLAZA DE MAYO

DE DIOSES Y AUSENCIAS

(Por Juan Carlos Volnovich*) Casi nada sabemos —y Dios nos libre y nos guarde de saberlo todo— pero algo podríamos pensar sobre éste, nuestro patrimonio mortífero. Ese rasgo de nuestra identidad que se nos impone como destino. Pensar, no como ilustración o como enciclopedismo estéril —como racionalidad cultural— sino como elaboración simbólica. La que permite y augura que el espanto no se repita, que se conjure la tragedia.

Se trata, en todo caso, de recordar, para no repetir. Saber, para poder olvidar o, al menos, para cicatrizar heridas. Trabajo, el de pensar, que permita innovar en el siniestro destino que tiende a reiterarse. Porque si algo sabemos —poco, pero algo al fin— es que el hecho traumático que no es elaborado, simbólicamente resignificado (individual y/o colectivamente, pero sobre todo colectivamente), se transmite de generación en generación y se expresa como compulsión a la repetición.

La pregunta insiste y se amplía:

—*¿No sería mejor dejar las cosas donde están y no pensar más en eso?*

Es decir: ¿No sería mejor aceptar el vacío, allí donde existe la vida y la muerte? ¿No sería mejor dejar de pensar? Dejar de urgar en la memoria de un pasado maldito. Suspender la búsqueda de los hijos de sus hijos. Cesar de quererlos, de desearlos. ¿No sería mejor resignarse: aceptar, cómplices, el vacío por el que sus seres queridos se esfumaron como humanos y consolidar así, de una buena vez, una identificación mortal con el poder de un Estado sin fallas, que desea su muerte —o, mucho más, su inexistencia pasada, su no inscripción— reeditando el fantasma originario que actúa como trauma siderante? Acaso ese, el de las abuelas, ¿no es un amor ciego? Amor que nunca existió. Si esas abuelas jamás conocieron a sus nietos, ¿cómo puede dolerles la ausencia de lo que nunca tuvieron?

La propuesta: "Dejar las cosas donde están" sugiere un pacto, un acuerdo, una complicidad. Pacto entre las partes: una, acorralada por la ausencia. Otra, dueña de la vida y la muerte, que les "sugiere" como única salida para conjurarla, hacer suyo el deseo de muerte. O, peor aun, aceptar que sus hijos nunca existieron cómo humanos. Acuerdo propuesto para convalidar, dejando "las cosas donde están", a los dioses en su lugar de poder. Pacto que intenta ocultar los crímenes cometidos por los militares o, si acaso, atribuirles a las víctimas la intención agresiva y violenta que soportan. De ahí que a las Abuelas se les pida —se les implore, casi— cesar en su búsqueda, "dejar las cosas donde están", no hacer más daño, acabar con el "secuestro de niños". En definitiva, que en el reino del Terror, denunciar la apropiación es cometerla, como en ese paradójico juego de "el que lo dice, lo es".

El terrorismo de Estado basó su eficacia en la aniquilación física y en la destrucción de los cuerpos y de los símbolos. Mataron cuerpos y mataron la propia muerte. Ocultaron el origen de la vida y la muerte. Los militares que impusieron el terrorismo de Estado fueron ascendidos a Dioses. Magos de la aparición y de la desaparición.

Desaparición de los padres como por arte de magia.

Aparición de los niños como por arte de magia.

Antes que ellos fueran promovidos, no existían madres ni bebés. Ellos los hicieron. Genitores. Les dieron nombre, los bautizaron, les pusieron fecha de fabricación y lugar de origen. Después de ellos no existieron los padres. No es cuestión de entender que sí estaban y que, supuestamente, fueron asesinados. No es cuestión de entender que sí estaban y que —por alguna razón más o menos convincente— cedieron esos niños en adopción. La lógica imperante supone que no existieron. Inscriptos negativamente, son crímenes, sin crimen. Fue borrada su inscripción simbólica, su existencia humana. No hay duelo posible para una ausencia que así se considere.

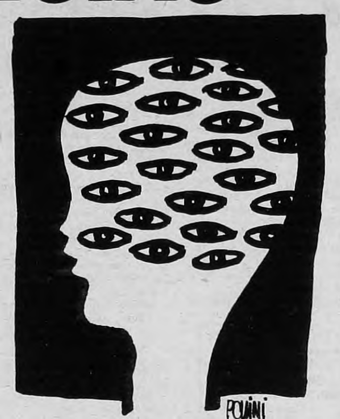
Aparición y desaparición. Tarea de magos. Y de Dioses que ocupan el lugar vacío de la ley. La única que garantiza la condición humana.

"Dejar las cosas donde están" significa, entonces, exponernos a la perpetuación de la desaparición y la muerte. Seguir ofreciéndoles sacrificios a los dioses para sostenerlos en su lugar de poder. Significa someternos a la amenaza de muerte —o de desaparición— haciendo nuestro el deseo de muerte y de desaparición que nos toma por destinatarios.

Para las abuelas "dejar las cosas donde están" significa que ellas mismas deberían aportar a su aniquilamiento. Evaporarse. Reconocer que nunca tuvieron hijos. Ignorar la verdadera identidad de esos niños, la que pone en duda la omnipotencia de sus captores. Con la búsqueda que no cesa, y su inclaudicable reclamo, las Abuelas configuran el deseo que se opone al avasallante despliegue del poder totalitario. Lo que no callan, lo que las Abuelas denuncian con su incorruptible anhelo de encontrarlos es, simplemente, la existencia de esos niños, de sus nietos. Esos niños son la prueba incontestable del delito cometido. Delito que impone nombrar a los culpables.

Por el contrario, "dejar las cosas donde están" invita a aceptar el silencio, la insensatez y la muerte. La muerte y la abolición de la muerte. Propone, también, resignarse a la prolongación del terrorismo de Estado que nuestra precaria democracia intenta interrumpir.

* *Psicoanalista.*



Aquella madre de las musas

(Por Lucio Cerdá*) Como es fama, los griegos otorgaron a la memoria un lugar de privilegio en sus reflexiones. Mnemosine, madre de las musas no sólo personificaba a la memoria sino que, además, dispensaba sabiduría a quienes la invocaban en sus vidas.

Opuestamente, la mitología definía al Leteo, el río del Olvido como agua de muerte: mientras Mnemosine es fuente de inmortalidad, el Olvido contribuye a la disolución. Los griegos no se equivocaban: la memoria es reserva de sentido tanto en la vida individual como en la colectiva.

Es cierto que se trata de órdenes diferentes, con niveles de organización y efectos de verdad distintos. La memoria de los pueblos, relato pretérito común a muchos, integra el imaginario social, tal como lo señala Castoriadis y es alimento sustancial de comportamientos solidarios. No es casual, entonces, que el poder conciba a la memoria colectiva como peligrosa. Desde el medioevo los grupos de privilegio aprendieron a reservarse la Historia Verdadera, los Textos Establecidos.

Dice el historiador Jacques Le Goff: "La memoria colectiva no es sólo una conquista, es un instrumento y una mira de poder" y agrega: "Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación"

En el caso de los crímenes de la dictadura, el poder intentó diluir la memoria a través del indulto cambiando moneda, de paso, con los mismos grupos que usaron a la clase militar para sus fines. Por ello una de sus consignas más repetidas habla de "cambiar la historia", es decir, enterrarla, clausurar las identidades y consecuentemente licuar las responsabilidades éticas. La Iglesia hace, con otras tácticas, lo mismo: mientras se espanta por desnudeces en los medios, no exhibe vergüenza alguna en invitar a los asesinos indultados a la Nunciatura.

A este tipo de manipulaciones se le oponen los sectores que persisten en la restauración de la memoria; tal el caso de las Abuelas, emblemáticas en el ejercicio de la ética y la verdad. Hace tiempo que muchos sospechan que la Palabra Oficial se halla preñada de manipulación; pensando en ello, creo, Samuel Johnson pudo escribir que el patriotismo es el último refugio de los canallas.

* *Psicoanalista*

DE MAYO

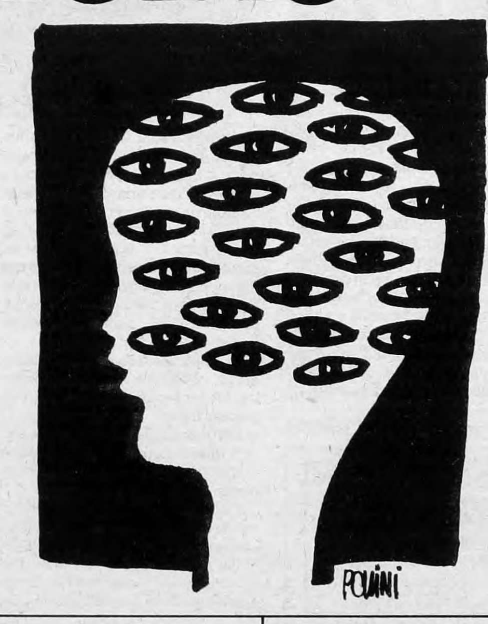
AUSENCIAS

muerte. Seguir ofreciéndoles sacrificios a los dioses para sostenerlos en su lugar de poder. Significa someternos a la amenaza de muerte —o de desaparición— haciendo nuestro el deseo de muerte y de desaparición que nos toma por destinatarios.

Para las abuelas "dejar las cosas donde están" significa que ellas mismas deberían aportar a su aniquilamiento. Evaporarse. Reconocer que nunca tuvieron hijos. Ignorar la verdadera identidad de esos niños, la que pone en duda la omnipotencia de sus captores. Con la búsqueda que no cesa, y su inclaudicable reclamo, las Abuelas configuran el deseo que se opone al avasallante despliegue del poder totalitario. Lo que no callan, lo que las Abuelas denuncian con su incorruptible anhelo de encontrarlos es, simplemente, la existencia de esos niños, de sus nietos. Esos niños son la prueba incontestable del delito cometido. Delito que impone nombrar a los culpables.

Por el contrario, "dejar las cosas donde están" invita a aceptar el silencio, la insensatez y la muerte. La muerte y la abolición de la muerte. Propone, también, resignarse a la prolongación del terrorismo de Estado que nuestra precaria democracia intenta interrumpir.

* *Psicoanalista.*



Aquella madre de las musas

(Por Lucio Cerdá*) Como es fama, los griegos otorgaron a la memoria un lugar de privilegio en sus reflexiones. Mnemosine, madre de las musas no sólo personificaba a la memoria sino que, además, dispensaba sabiduría a quienes la invocaban en sus vidas.

Opuestamente, la mitología definía al Leteo, el río del Olvido como agua de muerte: mientras Mnemosine es fuente de inmortalidad, el Olvido contribuye a la disolución. Los griegos no se equivocaban: la memoria es reserva de sentido tanto en la vida individual como en la colectiva.

Es cierto que se trata de órdenes diferentes, con niveles de organización y efectos de verdad distintos. La memoria de los pueblos, relato pretérito común a muchos, integra el imaginario social, tal como lo señala Castoriadis y es alimento sustancial de comportamientos solidarios. No es casual, entonces, que el poder conciba a la memoria colectiva como peligrosa. Desde el medioevo los grupos de privilegio aprendieron a reservarse la Historia Verdadera, los Textos Establecidos.

Dice el historiador Jacques Le Goff: "La memoria colectiva no es sólo una conquista, es un instrumento y una mira de poder" y agrega: "Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación"

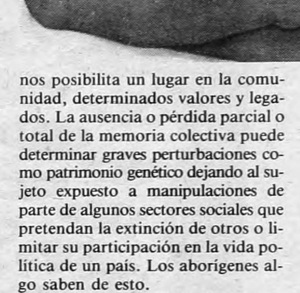
En el caso de los crímenes de la dictadura, el poder intentó diluir la memoria a través del indulto cambiando moneda, de paso, con los mismos grupos que usaron a la clase militar para sus fines. Por ello una de sus consignas más repetidas habla de "cambiar la historia", es decir, enterrarla, clausurar las identidades y consecuentemente licuar las responsabilidades éticas. La Iglesia hace, con otras tácticas, lo mismo: mientras se espanta por desnudeces en los medios, no exhibe vergüenza alguna en invitar a los asesinos indultados a la Nunciatura.

A este tipo de manipulaciones se le oponen los sectores que persisten en la restauración de la memoria; tal el caso de las Abuelas, emblemáticas en el ejercicio de la ética y la verdad. Hace tiempo que muchos sospechan que la Palabra Oficial se halla preñada de manipulación; pensando en ello, creo, Samuel Johnson pudo escribir que el patriotismo es el último refugio de los canallas.

* *Psicoanalista*

El entrañable personaje de la abuela cuentacuentos recrea la historia familiar y engarza, de una manera simple y cotidiana, los avatares de la vida.

EL ARTE DE NARRAR



(Por Mónika Arredondo)* Había una vez hace muchísimos años... Cuántas veces recordando la infancia la asociamos con viejas narraciones contadas por una narradora natural e imprescindible, transmisora de mitos familiares y de la historia de los orígenes una reconstrucción necesaria hecha por nuestras abuelas.

La memoria y la construcción histórica ocupan en la vida de los pueblos un lugar preciso. El recuerdo colectivo es un elemento esencial de identidad, un instrumento y una herramienta de poder, ya que contribuye a la conciencia de un pasado común, al sentido de un acto y a la revelación de una marca.

Toda evocación individual se inscribe en esta memoria colectiva, representante de un grupo social y testigo de una época, sus hábitos y costumbres. Esencialmente otorga una unidad de sentido y reconstruye los porqué y para qué de toda una vida. Los actos cotidianos se resignifican y adquieren importancia en sus fronteras y a partir de sus márgenes. A modo de ejemplo recordemos la comunicación oral de la historia en el pueblo judío de abuelos a padres e hijos. O la perseverante búsqueda de raíces de hijos de inmigrantes que retornan al cabo de los años a la aldea de sus abuelos o al pueblito de provincia de sus padres.

Esta función social del recuerdo nos posibilita un lugar en la comunidad, determinados valores y legados. La ausencia o pérdida parcial o total de la memoria colectiva puede determinar graves perturbaciones como patrimonio genético dejando al sujeto expuesto a manipulaciones de parte de algunos sectores sociales que pretendan la extinción de otros o limitar su participación en la vida política de un país. Los aborígenes algo saben de esto.

Es imposible reconstruir el pasado sin ubicar los eventos, las señales, los proyectos, las muertes en un preciso lugar.

Entonces, ¿qué territorio pertenece a quien no recuerda el pasado o lo que es peor se ha manipulado recortando parte de su origen?

Las abuelas representan a la institución de la memoria, son las responsables de comunicar una historia familiar y sus múltiples versiones. Las Abuelas de la Plaza son los firmes guardianes de la biografía de un pueblo, las encargadas de dar sentido a indicios, señales y sospechas en el diario devenir, no sólo de sus nietos rescatados o por venir sino también de todos nosotros.

En un artículo de **Página/12** de marzo de este año se cuenta la vida de Carla y al promediar el artículo el periodista escribe: "...Carla ha sobrevivido por dentro y por fuera y sabe que no se puede olvidar el pasado y es capaz de recordar pese a todo el aroma dulce de la infancia a pesar de sus pesadillas hasta ayer sin sentido...".

Habría que agregar que uno de los usos que articula la evocación y básicamente la memoria es otorgar un significado aun a los olvidos; en consecuencia, la historia es un conjunto de recuerdos, olvidos, malentendidos, reconstrucciones, mitos y novelas. Todo esto nos permite dar sentido a la peor de nuestras pesadillas o al más hermoso de nuestros sueños.

* *Psicoanalista.*